

MI ESCRITURA NO ME AMA, YO SÍ

Carmen Vascones

Investirse de la propia escritura es inventarse otra madre, es arriesgarse a lo inseguro, es saberse no amado por ella. Es un total desafío a la lengua materna.

Trabajo el suspenso del deseo, me tiene a la expectativa de construir algo nuevo, arriesgarse a la orilla o al naufragio. Salir invicto es la fuerza que fluye y queda, que es intransmisible.

Es acercarse a una huella digital sin técnica moldeada, sin técnica sometida, sin moldura posible. Nada es transmisible, ni siquiera las palabras que acunaron la infancia. Mi identidad son verbos en acción, devorados por el tiempo.

El ser no se deja someter a un tiempo extraño y ajeno. Acaso es un rechazo por no conformarse a la medida de renglón dizque para no andar rengos, que engloba en el espacio común denominador, de la dominante falta desobediente de la falla a no fallar, del denominado y designado a formar parte de nuestro cuerpo considerado estado “normal” dentro de constituciones con reglas.

El lenguaje escapa al número y a la letra porque está en falta como el amor. Esa carencia nos hace seres fallidos saliendo del recoveco de la captura de la alegoría de la caverna que se puede convertir toda ley en su catastrófica aplicación si masifica y mira como uno a los unos y los generaliza a la pena de muerte de la ortografía y de un idioma de raíz informal, a castizo a revertir la forma como medio de entretejer códigos aliados a la intención del diálogo y del trato común de la regla menstruante de la falta.

Digo esto, por lo de poner con nota roja las faltas consideradas fallas que avergüenzan con sus manchas o lo incumplido por el saber difícil de adherirse al papel de correcto, de perfecto, de ejemplar. Requiere borrador, lápiz y paciencia de un profesor que no pida moldes ni marionetas.

¿Acaso la mancha en el coxis es lo incorregible en la razón de la falta que aparece aunque la blanquees, la tatúes, la pigmentes, la escondes como rabo primate en la cola de las puntuaciones...

Mi escritura va, no regresa, no tiene retorno posible. Ella carece de vástagos. Su ayer es la muerte, su mañana la vida, y el presente es la transfiguración. La inconsciencia humana y la significativa vida rechazando la muerte en un yo que no le pertenece. La escritura no debe petrificar al lector ni al autor peor al decir del texto.

“La repetición de una satisfacción de deseo es mortífera; el deseo nunca repetitivo, siempre inventivo, conduce a un amor liberador” F. Doltó.

Mi escritura no me asfixia, ni me pide que la satisfaga, se deja llevar por mí o yo me dejo conducir por ella. Crío una cría humana en mis palabras. Ella no depende de mí. Mi creación es prisionera de su estilo.

Delibera su delinquir en la forma informal que protagoniza en la rebelión al pensamiento. Esto es, la libertad en la escritura tiene sus códigos internos, como una estructura movable para no reducir a celdillas el texto. Luego desafiante forma ausente y presente en ese pienso que existo. Duda del entredicho humano memorando o desmemoriando los pasos del andar y desandar. La escribiente alfa/beta, abecedario, silabario de bandas de bohemios de los posibles deletrear del morfema y del lexema. Acaso cada humano un monema. Solo que algunas veces mutilado o descompuesto en los desafueros de la razón, del estado de la perspectiva en las historias de conquistas o mapas que demuelen.

¿La ortografía no es una guerra a la libertad de expresión o sí?

Mi origen está horadado y desencarnado de su aurora. Soy la primogénita de mi nacimiento. Fui concebida fuera de la escritura y del registro. Mi progenitura está partida en su concepción.

Me cobijé en mi propio cuerpo. Di vida a mi vida. Di muerte a la muerte que me perturbaba y acicalaba con su soberbia y desprecio. Me convertí en nana y ninfa, casi diosa, del ser que invade con su anarquía todas las formas. Soy su única aliada en el espacio de mi escritura. Mi tiempo propone, crea curiosidad, críticas, reflexiones.

Di nacimientos de otras lecturas.

La creación es un juguete fabulador que no se ha dejado computar su origen, ni se ha dejado colonizar por el cogito y el ego.

Vive una aventura inesperada, exigente e imperativa. No es una amenaza para la vida, convive con el hogar del asombro, con lo cotidiano, no es súbdita de nada ni de nadie. Es la eterna lúdica.

En la creación la figura de la muerte es un absurdo hermosamente tolerado. Ella no se deja manipular ni por el vacío mismo. Su juego vence al dolor mostrándole una calavera llena de estrellas. Tampoco necesita acercarse a la fosa. Basta su ingenio para resucitar al echado allí.

Su voz es una escritura sonora, acariciada por el viento, leída por el placer no perdido ni expulsado. Escuchada. Contada una y otra vez hasta el mismo cansancio de soñarla sin el eco de la soledad y del éxodo. Ni la nada se le escapa.

Ella juega con la imagen inédita, que está por arribar, por nacer, por hacerse. Siempre parece una marcha acompañada de una legión infantil penetrando la oscuridad de la luz. Onda plena de una voz, obra propia incluida dentro y fuera del sueño y de la vida misma.

La pesadilla en su escritura es dar con el error, con esas prófugas letras que la disparan a ser el objetivo de la censura, clausura, del texto marginado por incompetente por su manifiesto horror, su presencia espanta a los letrados. Se tiene paciencia para dar

cabida a tachar, corregir y pasar a limpio eso abominable de fallar para evitar la “fe de erratas.”

Mi escritura y yo somos una, como una verdad vulnerable, como una dama del ajedrez, cuando cae viene la muerte del rey o lo real, lo deja sin omnisciencia. Cuando corrijo trato de no sentir, de no saber, de no dejarme intimidar ni atrapar por la secuencia. Identifico número de página, párrafo, línea y los inescrupulosos defectos. De mi puntuación de errores paso en eso de reconocer la falta impertinente. Menos mal, que logro controlar la situación del detalle, entallo, tallo, hasta dejar sin amputación lo visibilizado.

La verdad como veredicto y ley resulta una cortesana del dictador. Mi letra tiene que convertirse en súbdita ciudadana del reglamento del dictamen de así se escribe, no como te da la gana.

Aunque eso está más del lado como verso o como narro. Y quizás influencia de mis residuos asmáticos del ayer, de respiración con mocos, de alergias que te dejan en suspenso el aliento pegado en la boca del estómago.

De la dislexia, de quejumbrosas deformaciones de la experiencia de la vida, que prefería se conviertan en pequeños monstruos iletrados, personajes algún día. Escritura, autora y Ella abordan vacío del ser, nada del yo, destitución del deseo. Escarba en el reino del instinto. El animal no sabe del sentimiento humano. Trato de no domesticar la letra. Ni embaucarla en la pérdida de mis defectos “perversos” rezagos de la infancia, salir del sentimiento cachorro al afecto humano.

Fui testigo como para doblegar al animal lo apaleaban, lo torturaban, eso también vi que hacían a los niños por cualquier cosa, o porque lo clasificaban en malcriado. Lo sometían en la casa, en la escuela, luego en la libreta, luego en el exponerlo sin “esperanza”, es uno que no da más. A la bestia la inyectan si resulta peligrosa. Al humano lo encarcelan si su impulso acomete.

A la escritura sin formato la condenan en la infancia por salirse del patrón, esas letras defectuosas interrumpirán pidiendo una explicación a la portadora de esa caligrafía. Enfrentará la jaula del domador.

En mi escritura hay un cielo despejado y un hoyo de fuego dentro. Su brújula huérfana de la ruta descubrirá la orilla de lo que no está dicho. Sabe que lo definitivo no se puede intuir. Solo sé que semillas disgregadas entran a la razón y sin razones.

A ratos aparece una tristeza ácida e híbrida que maldice mi alegría y humor. Me toma tiempo exterminarla. La combato con su mismo sabor. Sé que encarno el gozo de la angustia: mía y nada más que mía.

Invento palabras como alpinista queriendo llegar a la cima, mirando el abismo sin sentir el vértigo de la hazaña. Me maravillo todavía de sentirme humana aún, y además ¿“para quién el deseo es la tortura más dulce”? ya lo dijo alguien quien no recuerdo.

Soy el hilo de mi letra, el telar es mi cuerpo, sus trazos haciéndose son herejías que plasmo con lengua propia. Me salvo de la muerte, no atento contra mí, al fantasma no se lo mata, se lo desecha de inocencia supuesta.

Pongo un límite frente al riesgo para que no saltar al otro lado, para que el deseo no caiga en el vacío. Esbozo el placer y su realización mortífera. Una sonrisa aparece en los labios de mis letras.

Mi escritura es una instancia, un espacio de la escucha, un vínculo no anulado ni colapsado en la demencia del encierro total. Mis escritos recogen el delirio de las masas que abren sus bocas y dejan escapar sus demandas que no se conforman con el traje oficial del idioma.

Recibo la enfermedad de la palabra, hago un diagnóstico al sufrimiento, detecto virus aniquilante: la putrefacción. Un charco de sangre y lágrimas seco. Sentencio el porvenir con la ilusión de la prevención.

El incrédulo dice no existe. El creyente dice por eso está dios. Otros de otros dirá, ¿qué hago con mi deseo? ¿al fin qué? ¿quiero un deseo para una vida no deshumanizada?

-A posteriori- Estar “sano”, es convivir con la vida de la psique y del cuerpo más acá y del más allá de toda huella. El ser del creador no tiene interferencia, ignora saberse de la muerte, la provoca para no dejarse embocar.

Mi escritura es impaciente con su presencia, es irreverente con su lengua, su originalidad está en el centro del vacío. Ella es su propia tornera, se transmuta así misma para no volverse marginal en su rotación consigo. Para no ahogarse en la nada creyéndose que lo tiene todo.

No ha llegado a esa soberanía alucinante, ella es una falta en el lenguaje humano, una falla, una imperfecta femenina que no se deja tentar por coima ni con las trampas de la dicción.

Su voz del coro de creaciones episódicas concluidas o inconclusas, es una identidad nombrada, precisada como un ombligo, huella de una relación con una placenta y un continente –otro cuerpo-. Participa de la vida a sabiendas de lo agudo y grave en la regla gramatical.

Mi escritura convoca al poder de la imaginación, es pretenciosa, cree ser la creación misma, imagínate indagación que no se sabe, que se hace sin advertirse, no se deja mandar, ni delegar por nadie, ni siquiera por su portador masculino o femenino. Es su propia interrupción. Cable tierra, cable conductor de la sinfonía a develar en la partitura de la vida.

Cada obra es como un epitafio y un epígrafe a la vida hablante que no sabe del soñador artífice de sus actos. Con cada uno de los signos a puntuar y en falta se hace soportable e insoportable la angustia. Hay que dar con la mínima falla.

La letra espontáneamente se expresa cuando sale del silencio, es como que su relativa felicidad del alma ya no tiene que buscarla en otra parte porque a la vez es el otro lado del sendero.

¿La vida me amamanta?

En la escritura me desmadro. La ilusión del objeto de mi deseo es el pecho de la poesía, nodriza del ser, madre de la metáfora. Verso del acto. Visión del tiempo y del espacio en el caos concebido.

Embrión del no ser.

Palabra dicha y escuchada no en el último deseo del moribundo.

Ilusa libertad consumada para llegar al reino del perdón.

La única vez para morir llega.

La poesía no tiene tiempo para filosofar.

Es una escritura oral del tiempo que no pasa por ninguna ciencia, ni ningún método. Ella no tiene forma de morir. Otra cosa, son los asesinados y suicidas, cuando sucede eso ella ya no está ahí.

El creador no masacra el error.

Mi escritura no soy yo, aunque mi letra me designa un lugar habitado una vez por mí.

carmen váscones

11/11/2003- 07/08/2019